

## **Homilía de Mons. Santiago Gómez Sierra, obispo de Huelva.**

### **MISA CRISMAL. S.I.C. Huelva, 12 de abril de 2022**

*Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír (Lc 4,21).* Un hoy que nunca se convertirá en ayer, tan actual en la sinagoga de Nazaret como entre nosotros. Cristo, *el que es, el que era, y ha de venir, el todopoderoso (Ap 1,8)*, el ungido por el Espíritu realiza su misión, evangelizando a los pobres, dando libertad a los cautivos, oprimidos, y vista a los ciegos. Él, hoy también, es la fuerza para los que sufren, para los débiles, convirtiendo el óleo que vamos a consagrar en signo eficaz de gracia y salvación en los sacramentos del bautismo, la confirmación, la unción de los enfermos y el orden sacerdotal.

La unción con óleo está íntimamente unida al misterio de Jesucristo, el nombre de *Cristo* significa el ungido. En el Antiguo Testamento se unge a los hombres de Dios, a los profetas, a los sacerdotes y a los reyes, son *los ungidos*. Pero es Jesucristo el verdadero profeta, sacerdote y rey. Y por eso sólo Él es propiamente el Ungido en el pleno sentido del término. Él estaba ungido con el Espíritu Santo, que lo une como Hijo con el Padre, y por su resurrección lo presenta ante todos los hombres como vencedor del pecado y de la muerte.

Esa es la razón por la cual en los sacramentos el óleo ha adquirido un significado salvífico. En la unción de los enfermos es medicina de Dios, que cuando se pone en la frente y en las manos del enfermo es signo de la presencia de Jesucristo en la oscuridad de nuestros padecimientos, angustias y necesidades, manifestando que existe el remedio contra la muerte, sosteniéndonos, proporcionándonos la certeza de que estamos a salvo para siempre en manos de Dios. La aplicación del óleo antes del bautismo nos recuerda que la vida cristiana se concibe como un combate, el cristiano entra en el drama de la existencia como un luchador, con

la confianza puesta en el amor indestructible de Dios, y con la fortaleza del Espíritu de Santo lucha contra el pecado. La unción con el crisma, que se aplica después del bautismo, en la confirmación y en la ordenación sacerdotal, recuerda la unción de los sacerdotes, de los profetas y de los reyes.

Nosotros, sacerdotes, vimos unguir nuestras manos con el crisma, cuando en la ordenación fuimos constituidos compañeros y colaboradores de Cristo, para estar al servicio de la obra de la santificación, participando de manera especial de su sacerdocio.

La celebración de esta Misa Crismal en las puertas del Triduo Pascual nos hace presente que Cristo realiza nuestra salvación pasando por la condición de Siervo, a través de la Cruz. Este es el camino que ha seguido el santificador y la propuesta para los santificados: *Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (LG 8c).*

Podemos decir que, de hecho, hoy, la Iglesia es pobre, al menos desde un punto de vista sociológico. Pero, más allá del dato sociológico, institucional, es necesario que la pobreza y la humildad las vivamos como forma fundamental de configuración, seguimiento e imitación de Cristo.

Desde esta lógica evangélica tendríamos que asumir como una gracia de Dios la nueva situación histórica que a la Iglesia le toca vivir hoy: una Iglesia con una falta de recursos humanos importante –tanto de pastores como de fieles comprometidos-, y convertida frecuentemente en objeto de desafecto y desprecio.

Vivimos todo esto porque no nos queda más remedio, pero podemos asumirlo como una situación que nos ayude a conformarnos más al Señor, “*que anunció el Evangelio en*

*persecución y pobreza*”. Este camino puede ser vivido con una vigorosa espiritualidad por nosotros sacerdotes y por todos los fieles como una oportunidad para configurarnos más perfectamente con Cristo.

Hemos aprendido que la eficacia de los sacramentos no depende de la santidad del ministro. Sin negar esto, debemos prestar atención a nuestra implicación personal en la respuesta a la vocación que cada uno ha recibido, de tal forma que la relación con Dios llegue a conmover las mismas entrañas de nuestra vida.

Queridos hermanos, la cultura actual nos afecta hasta tal punto que, aun queriendo ser fieles a nuestro ministerio, experimentamos en nuestra vida cotidiana conflictos que nos dividen internamente. Esta contradicción la sufrimos de muchas maneras:

- Por una parte, deseamos vivir nuestra vida sacerdotal con fidelidad y perseverancia; por otra, sentimos las tentaciones propias de un mundo que promueve a menudo una infidelidad sin remordimientos, que huye de los compromisos duraderos, frente a los que prevalece la búsqueda exacerbada de experiencias gratificantes inmediatas.
- También afirmamos el carácter eclesial de nuestra vocación, su esencial dimensión comunitaria, somos co-presbíteros, la comunión es esencial de nuestra vida y del ser de la Iglesia; sin embargo, vivimos afectados por una cultura marcada profundamente por el individualismo y la desvinculación social, y esto se deja notar, deteriorando nuestras relaciones eclesiales.
- Hemos adquirido el compromiso de una vida obediente y dócil a la palabra de Dios, discernida en la Iglesia y mediada por el Magisterio; pero vivimos en medio de una cultura donde la libertad desvinculada del individuo es sagrada y el

propio yo se constituye en un absoluto y medida de todas las cosas; y esto también hiere nuestra comunión en la fe y la disciplina de la Iglesia.

- Hemos abrazado libremente el celibato y la pureza de corazón que comporta; pero somos conscientes de que lo tenemos que vivir frente a un ambiente de pansexualismo exhibicionista y exacerbado, por tanto, con una vigilancia consciente y perseverante.
- Somos hombres religiosos, afirmamos con obras y palabras la existencia del Dios-con-nosotros; pero tenemos que vivir esta experiencia en medio de un mundo que vive instalado de hecho en el ateísmo práctico, como si Dios no existiera.

Podemos convertir estas luchas, estas divisiones internas y otras que padezcamos, en momentos de gracia. Si los sacerdotes, los diáconos y los laicos cristianos somos capaces de soportar esta confrontación con el mundo, con fidelidad a nuestra vocación, conscientes de cuáles son los frentes en los que se produce el debate real del Evangelio con la cultura dominante, podremos hacer de nuestra pobre y, a veces, amenazada existencia cristiana un testimonio concreto y actual del encuentro del hombre con Dios. Entonces seremos ministros de la santificación y testigos de que la vida de todas las personas, tal como ha sido querida por Dios, es posible y plena.

Podemos reformar estructuras, pero *la reforma necesita siempre reformadores de su propia vida*. Tenemos que volver a proponer el Evangelio de Jesucristo, una y otra vez, desde la capacidad que tiene para configurar nuestra existencia y la vida cotidiana de nuestros contemporáneos.

Recemos ahora unos por otros, pidiendo que se cumplan en nosotros las palabras de san Pablo, que seamos fragancia de Cristo en todas partes (cf. 2 Cor 2,15). Que así sea.